

Globethics Repository



Haití 1995 [Haiti 1995]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Antonin, Arnold
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-14 18:37:55
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219549

Haití 1995. ¿Revolución o tutelaje?

Arnold Antonin

Arnold Antonin: sociólogo haitiano, profesor de la Universidad del Estado de Haití, Puerto Príncipe.

Se está cumpliendo un año del regreso del presidente Jean-Bertrand Aristide a Haití y más de un año del desembarco de las fuerzas norteamericanas bajo el mandato de las Naciones Unidas. Aparentemente todo está bajo control y los acontecimientos siguen su curso mientras los carros armados han cambiado de color, sustituyendo el verde oliva por el blanco. Al mismo tiempo, numerosos hechos políticos internos de destacada importancia que pueden afectar profundamente el futuro del país, se suceden cada semana.

El presidente Aristide por su parte, acaba de superar en esta segunda fase de su mandato el tiempo que pasó al frente de sus funciones desde que tomó el poder en febrero del 91 hasta el sangriento golpe de Estado que lo derrocó en octubre del mismo año. Durante los primeros ocho meses de su mandato, sus opositores señalaron que carecía de programa, que no había logrado materializar acciones concretas y que tenía un discurso demasiado radical y desafiante hacia las fuerzas conservadoras y reaccionarias del país – aunque todo ello mezclado con un folklorismo ambiguo.

Esta segunda parte del mandato está marcada por un completo cambio de su discurso, con pocas reminiscencias. Desde su regreso, cada vez que toma la palabra Aristide pregonaba la reconciliación nacional y la no-violencia.

En cuanto a sus iniciativas, respaldado por un gran apoyo internacional, ha logrado dismantelar completamente el ejército y abolirlo por decreto –a la espera de la ratificación del Parlamento– y sustituirlo por un cuerpo de policía que responderá al Ministerio de Justicia. Por otra parte, puso en marcha un Consejo Electoral Provisional para la organización de las elecciones parlamentarias y comunales, en las que se registró una victoria casi total de la Organización Política Lavalasse (OPL).

Desde el punto de vista de la seguridad, después de un comienzo del 95 plagado de robos y asesinatos contra la población por parte, aparentemente, del hampa común, las fuerzas de la Misión de la

Naciones Unidas (MINUHA) y de la policía interina, presionadas por fuertes críticas de todos los sectores, decidieron tomar seriamente sus funciones y el índice delictivo ha bajado considerablemente. Sin embargo, varios sonados crímenes de personalidades destacadas, no derivados del hampa común que podrían ser de índole política o venganzas, no han podido ser resueltos a pesar de la intervención del mismo FBI.

Desde el punto de vista económico y social, si bien no hay realizaciones particularmente destacadas, se están tomando una serie de disposiciones para aprovechar la ayuda internacional que por fin comienza a llegar. En el terreno diplomático es donde se han realizado los mejores logros.

La presidencia de Aristide

Aristide fue electo presidente en diciembre del 1990 por cinco años. Esto significa que en diciembre de 1995 concluye su mandato; habiendo seguido asumiendo las funciones de presidente legítimo durante todo el período del golpe de Estado, y dado que la Constitución no permite la reelección, deben realizarse nuevas elecciones para elegir un nuevo presidente. Sin embargo, poco antes de su regreso, un diputado de Lavalasse, próxima a Aristide, lanzó la tesis de que Aristide debería quedarse en el poder para recuperar los tres años perdidos durante el golpe de Estado. Hubo hasta manifestaciones de pequeños grupos que pedían la presidencia vitalicia para Aristide.

Durante la realización de la Asamblea de la OEA en Haití, las paredes de la capital se llenaron de grafitis pidiendo tres años más de mandato para Aristide. Por su parte, declaró, sin embargo, el 28 de mayo a Arlen Specter, senador estadounidense y eventual candidato a la presidencia por el Partido Republicano y a Mike Dewine, senador de Ohio, que la Constitución era más importante que la voz de los amigos, y que entregaría el poder en febrero del '96 al nuevo presidente electo; y que se presentaría nuevamente como candidato en el año 2000.

El presidente Aristide ha logrado seguir presentándose hasta ahora como el hombre que vuelve al poder, pero que queda en la oposición, atacando a su propio gobierno; como gran amigo de la comunidad internacional y de Estados Unidos y a la vez la víctima de ellos. Mesías, pero humano y afable. Profeta, pero a la vez fino político y diplomático. Un hombre de reconciliación pero que exige castigo y justicia.

En varias oportunidades ha declarado que es el presidente de todos los haitianos. De hecho, ha dado gran apertura a los sectores monopolistas de la burguesía haitiana que hicieron posible el golpe de Estado. Por otra parte, se siente su preocupación por mantener viva su popularidad en los sectores populares marginales y de la juventud. Esto no ha impedido que por primera vez una manifestación de jóvenes y de grupos populares anti-

FMI haya terminado en una muestra contra Aristide, acusándolo de traicionar sus ideales y de hacer todo lo que había criticado antes de ser presidente.

Durante el mes de septiembre, las manifestaciones anti-FMI y contra la privatización de las empresas del Estado se han intensificado. Los núcleos de la Iglesia de base y otros grupos populares han atacado al primer ministro, al ministro de Finanzas y al gobernador del Banco Central en persona, acusándolos de ser representantes del imperialismo. En realidad, para una gran parte de la población, Aristide sigue siendo visto como un resistente a los planes del FMI y del Banco Mundial, cuestión sobre la que no se ha pronunciado claramente, observando una especie de «silencio oracular».

Durante el período de su exilio y antes de que se definiera la intervención militar norteamericana, Aristide y un equipo de cercanos colaboradores firmaron en julio de 1994 un documento de compromiso en la sede del Banco Mundial llamado «El plan de París». Allí se definieron la reforma de la policía y del ejército, la reforma judicial y particularmente la reforma de la economía. En esta última, la privatización de las empresas del Estado ocupa un lugar esencial. La firma de este acuerdo representó una condición preliminar para la intervención militar y su regreso a Haití desalojando a los militares puchistas.

La lucha política en torno a este punto de la privatización se ha vuelto tan importante como el problema de las elecciones. De esta manera, Aristide está siendo atacado por los sectores partidarios y contrarios a aquélla. Algunos, lógicamente pro-privatización, actualmente están en contra con el objeto de atacar a Aristide y atraerse así la simpatía de grupos populares radicalmente anti-privatización.

A propósito de las controvertidas elecciones legislativas y municipales, los partidos políticos han acusado a Aristide de haber nombrado un Consejo Electoral parcializado a su favor y se negaron a participar en el segundo turno de unas elecciones que calificaron entre las más fraudulentas de la historia del país. Aristide, por su parte, ha querido asumir un papel de árbitro entre el Consejo Electoral y los partidos. Sin embargo, de hecho los partidos políticos han perdido casi todo el peso que podían tener y han salido despedazados de las elecciones.

En consecuencia, Aristide aparece como si todo el que hacer político haitiano se resumiera en él, dado el gran apoyo popular con el que cuenta, la desaparición del ejército, principal eje del aparato de Estado, la anulación en la práctica de los partidos de oposición y el papel muy tímido del gobierno. Eso, a pesar de que la Constitución haitiana es anti-presidencialista y que una de las grandes discusiones en curso es si Haití constituye todavía un país soberano.

La visita de Clinton a Haití y la realización de la 25° Asamblea General de la OEA del 5 al 10 de junio de 1995, aún con los enormes gastos que implicaron para el gobierno, han sido considerados como triunfos personales del presidente y como inversiones a mediano plazo en las relaciones internacionales y la integración definitiva de Haití a la comunidad internacional. De esta manera siguen llegando personalidades en misión oficial en forma casi rutinaria, un día el jefe de Estado Mayor del ejército estadounidense, otro día el vicesecretario de Estado norteamericano, el presidente del Banco Mundial y el director general de la Unesco, entre muchos otros.

Mientras tanto, se acercan las elecciones presidenciales de diciembre, cuando probablemente Aristide entregará el poder y un nuevo presidente, designado por él mismo, lo sucederá.

El gobierno de Smarck Michel

Este gobierno, que tardó más de un mes después del regreso de Aristide en constituirse, ha logrado sobrevivir, no sin dificultades, con dos cambios del gabinete: el del ministro de Obras Públicas y el de Justicia y el segundo, en ocasión de las elecciones legislativas, con la separación de los ministros pertenecientes al Partido Nacional Progresista Revolucionario Haitiano (PANPRA), el Frente Nacional por el Cambio y la Democracia (FNCD) y el Movimiento por la Instauración de la Democracia en Haití (MIDH).

Entre los grandes temas de su programa político ha logrado la formación del Consejo Electoral, las condiciones de seguridad para que se realicen las elecciones, ha comenzado a consolidar las bases para la creación de un nuevo Poder Judicial y ha instituido los ministerios para los haitianos de la diáspora, de ambiente, de la mujer y de la cultura. En cuanto a otros puntos, tales como una atención especial a la salud pública y comunal, al mejoramiento de la calidad de la educación y a muchos de los objetivos en el campo agrícola, no pueden apreciarse avances hasta el momento.

En cuanto al programa económico, enmarcado en el acuerdo firmado en París con el BM, todavía está a nivel de proyectos en proceso de definir o poner en marcha. Hasta ahora no se han llevado a cabo las iniciativas de privatización de las empresas públicas, a las que se oponen los sindicatos, estudiantes y varios grupos cercanos al presidente. La Sociedad Financiera Internacional (SFI), ha sido contratada para estudiar las modalidades de estas privatizaciones.

Es a nivel fiscal que se han hecho los mayores esfuerzos para aumentar los ingresos del Estado. Fuertes protestas por parte de maestros y profesores que no se contentaban con el 30% de aumento de salarios

propuesto por el Ministerio de Educación, según su disponibilidad presupuestaria, derivaron en huelgas y manifestaciones que se extendieron a los estudiantes; produciéndose enfrentamientos en violentas batallas campales entre estudiantes de liceos públicos contra los de escuelas privadas para que éstas se adhirieran a la huelga. Esto concluyó con un aumento de salarios del 120% en vez del 300% solicitado, otorgado por el Presidente mismo. Mientras tanto no se han hecho grandes cambios en educación a nivel estructural, y el descontento a todos los niveles continúa. Debe señalarse, sin embargo, el esfuerzo hecho por bajar el costo de los textos escolares y las becas escolares puestas en marcha en vistas del comienzo de clases.

A principios de año, el gobierno fue objeto de muy fuertes críticas de sectores próximos al presidente que lo acusaban de ineficiencia en la lucha contra el alto costo de la vida e incapacidad para controlar la inseguridad. Hay que recordar que Smarck Michel fue uno de los primeros ministros de la primera etapa de Aristide, cuando fue destituido de su cartera de Comercio por razones similares. En el caso actual, Michel se defendió públicamente diciendo que su renuncia hubiera creado una crisis institucional debido a que el Parlamento no se había formado nuevamente y que no habría podido formarse un nuevo gobierno, que los resultados de la lucha contra la inflación y la inseguridad no podían verse de un día para otro y que por lo tanto, se quedaba para seguir con su trabajo.

En una autoevaluación de los primeros 9 meses de su gobierno, Smarck Michel se ha declarado satisfecho de lo realizado, teniendo claras a la vez las dificultades que tendrán que afrontarse para 1996. El presupuesto para este año será de 5.000 millones de gourdes (15 gourdes = 1 dólar) y la mitad deberá provenir del exterior, cuando los republicanos en EE.UU. amenazan votar una ley que cancelaría toda ayuda a Haití. Entre los motivos estarían, según ellos, la falta de credibilidad de las elecciones, la falta de respeto de los derechos humanos con arrestos arbitrarios y sonados crímenes no resueltos y la indefinición frente al compromiso privatizador.

Por esta razón, Michel realizó a principios de septiembre un viaje a EE.UU., donde se entrevistó con Clinton, el vicepresidente Gore y el republicano Newt Gingrich. En su visita pudo defender el hecho de que sí había una clara mejora de la situación de los derechos humanos en el país y de que tenía la voluntad de cumplir con el compromiso de modernizar y privatizar las empresas del Estado.

El Consejo Electoral Provisional

El 25 de junio y el 17 de septiembre se realizaron el primer y segundo turno de las elecciones para renovar por completo la Cámara de Diputados, dos tercios del Senado, todos los alcaldes y los Consejos de

Administración de las Secciones Comunes (KASEK), cuyos mandatos terminaron en diciembre del año pasado. Este Consejo Electoral Provisional es el sexto desde la caída de los Duvalier. Debería haber sido un Consejo Electoral Permanente, pero ninguna de las condiciones constitucionales necesarias para su constitución fueron reunidas antes de que el Parlamento perdiera todos sus diputados y casi todos sus senadores en diciembre del 1994 pues las elecciones parlamentarias realizadas este verano deberían haber tenido lugar en esa fecha. Por tal razón, cuando con mucho retraso se quiso formar el nuevo Consejo Electoral, este tuvo que ser provisional nuevamente.

El Consejo Electoral ha sido objeto de violentas críticas por parte de todos los partidos políticos, a excepción de la Organización Política Lavalasse, que lo acusaron de ser un instrumento de ésta y de otras dos aliadas menores, el MOP y el partido Abre-Barreras, todas próximas del presidente Aristide. Las más fuertes vinieron del Comité Nacional de los movimientos Democráticos (KONAKOM), del Partido Nacional Progresista Revolucionario Haitiano (PANPRA) –partidos miembros de la Internacional Socialista– y del Frente Nacional para el Cambio y la Democracia (FNCD). Entre las principales acusaciones, está la de haber dado el control de los burós electorales de votación a activistas del Lavalasse. Después de realizado el primer turno de las elecciones, todos los partidos políticos, excluido Lavalasse, han declarado que se abstendrán de participar en las complementarias y en el segundo turno a manera de protesta, por lo que consideraron una farsa electoral.

A raíz de estas críticas, de un informe del grupo Carter, donde decían que de 17 elecciones observadas, éstas habían sido las peores, Aristide decidió solicitar la renuncia del presidente del CEP y nombrar uno nuevo, a quien la oposición acusó de estar aún más ligado a Lavalasse que el anterior, reiterando su decisión de no participar en las elecciones. El FNCD, que presentó a Aristide como candidato a las elecciones de 1990, con el emblema del gallo de pelea, vio perder a su principal líder el ex-alcalde de Puerto Príncipe, Evens Paul, candidato a un segundo mandato y eventual candidato presidencial de diciembre. Ganó frente a él, un cantante de protesta Manno Charlemagne, candidato independiente apoyado por Aristide. El hecho sorprendente es que la figura del gallo, emblema con el que ganó Aristide, que se creía invencible en un país de analfabetos donde los símbolos gráficos son fundamentales, perdiera su valor frente al nuevo símbolo adoptado por Aristide: una mesa.

Estas elecciones fueron sumamente importantes, porque de ellas dependían la constitución del nuevo gobierno según quien tenga la mayoría en el Parlamento, la organización de los poderes locales descentralizados, la constitución del Consejo Electoral Permanente, que tendrá que organizar las próximas elecciones presidenciales de diciembre de este año, la ratificación o no del decreto del presidente Aristide de

eliminación del ejército y el control en general de los poderes Ejecutivos y Legislativos durante todo el próximo período presidencial.

Según la MINUHA y la Embajada de EE.UU., las elecciones han sido, salvo algunas irregularidades administrativas, las más libres y pacíficas que se han visto en Haití. Parece que estos mismos actores internacionales intentaron, después del primer turno de las elecciones, alcanzar un compromiso político entre el presidente Aristide, los partidos políticos y el Consejo Electoral Provisional para dar satisfacción a todos. Evidentemente esto no funcionó.

Por otro lado, el Instituto Republicano (IRI) y la Fundación Carter, han publicado informes muy negativos sobre las elecciones. El mismo primer ministro ha declarado que resulta evidente la prolongación en Haití de la lucha política interna entre los republicanos y el presidente Clinton. Aparentemente los republicanos intentan así destruir el casi único triunfo de Clinton en el campo de la política internacional. Se cuenta que durante la ocupación norteamericana de 1915, hubo una epidemia con entierros en masa en fosas comunes. Cuando uno de los que iba a ser echado a la fosa gritó «¡Todavía estoy vivo!», el sepulturero respondió: «El doctor blanco dijo que has muerto y te atreves a decir que no, ¿qué sabes tú?». Muchos piensan que el hecho de que la embajada americana haya decidido que las elecciones son buenas, es suficiente para callar las voces de protesta.

De todos modos se produjeron ciertamente graves irregularidades en el primer turno, el determinante. La primera, nunca aclarada, fue la desaparición de casi un millón de tarjetas de inscripción electoral – aproximadamente un tercio de la población votante –, y que los emblemas de los candidatos independientes, en un país de mayoría analfabeta, fueron suprimidos arbitrariamente. Otras fallas no menos importantes fueron las numerosas listas electorales desaparecidas o mal hechas, que muchos burós de voto se hayan quedado sin cartas electorales o sin listas de inscripción y mucha gente no pudiera votar. Por otra parte, en muchos sitios el voto no era secreto. Existieron otras múltiples denuncias de hechos sucedidos después de la elección que no pudieron ser verificadas.

En cuanto a la participación popular, se estima que fue del orden de entre un 25 y un 50% para el primer turno y de un 10%, como promedio nacional, para el segundo. En la segunda vuelta hubo una mejor organización; tampoco hubo denuncias de fraude. Pero ello se explica en que participaba casi exclusivamente Lavalasse, aparte de algunos candidatos miembros de otras organizaciones políticas que no atendieron el llamado a la no participación de sus partidos.

En realidad, todo deja indicar que el partido apoyado por Aristide hubiera ganado las elecciones con una fuerte mayoría. ¿Por qué entonces tantas

irregularidades? Una respuesta puede ser la incapacidad organizativa, otra la de sabotaje a la credibilidad del sistema electoral y por fin, la acusación de muchos partidos políticos de que se tiende al sistema de partido único, que existe una voluntad expresa de anularlos completamente y de crear una oposición que no presente problemas. Por su lado, viendo que no tenían ninguna posibilidad de ganar, los partidos prefirieron jugar la carta de la no participación y de la deslegitimización de todo el proceso.

No debe olvidarse por otra parte que en Haití no existe tradición alguna de compartir el poder, y sí una gula política que nunca deja ni una migaja para el opositor y también una cultura de la división que torna difícil cualquier compromiso político basado en el diálogo y la responsabilidad. Es así como las divisiones internas pueden volverse el principal peligro también para Lavalasse. La lucha política y por el poder no ha sido nunca una lucha por el bien del país sino un juego de aniquilación; algunas veces grosero e ingenuo, otras sutil y florentino. ¿Veremos un cambio de estas tradiciones?

La justicia y la seguridad

Aristide tomó a todos por sorpresa por la rapidez con la que resolvió el problema del ejército, dispersándolo en una primera etapa y suprimiéndolo después por decreto – que ahora, como se adelantó, deberá ser ratificado por el nuevo Parlamento –. Como gesto significativo entregó el antiguo Cuartel General del Ejército al nuevo Ministerio de la Condición Femenina.

Muchos tercermundistas, y hasta los marxistas entre ellos, criticaron con resquemor los textos de Marx donde elogiaba el papel progresista que podían tener el colonialismo y la intervención extranjera en algunos casos, como la India y México. En Haití, desde la independencia en 1804, se está tratando de hacer una revolución democrática que hasta hoy no se ha logrado, perpetuándose las mismas estructuras arcaicas a nivel económico y político. Aprovechando esta segunda intervención norteamericana, ¿dirigirá Aristide la revolución que logre modernizar las estructuras políticas y económicas? ¿O el país quedará bajo tutelaje en un proceso infinito de entropía? La destrucción del ejército, ¿sería el primer hecho revolucionario, teniendo en cuenta el dominio colonial interno y represivo que ejercía contra los ciudadanos de su propio país? Algunos sectores de izquierda y de derecha estiman que la presencia extranjera es un factor decisivo que impide que se pueda hablar siquiera de transición democrática en estas condiciones.

Con la disolución del ejército, que cumplía también el papel de policía, se creó un grave vacío que trajo como consecuencia un aumento de la inseguridad y del hampa común que tomó prácticamente el control de los

barrios comerciales, asesinando a sus víctimas a plena luz del día, con decenas de casos de justicia sumaria por parte de la población que lapidaba en horribles escenas callejeras de agresión en masa a todo sospechoso de robo o crimen. Hay que subrayar que la eliminación de todo cuerpo de seguridad en cualquier país de América Latina o de Estados Unidos mismo hubiera producido una situación catastrófica e incontrolable en pocas horas y que la actitud del pueblo haitiano en general fue ejemplar. Sin embargo, el número creciente de hechos delictivos hasta principios de este año, aunque mucho menor que el de muchas otras grandes ciudades, produjo fuertes protestas de todos los sectores que acusaban también a las fuerzas de la MINUHA de no asumir su responsabilidad frente a esta situación y de servir de simples testigos de todas estas acciones. A este punto, Tanto el gobierno como el MINUHA reaccionaron y comenzaron a hacer batidas policiales en las que arrestaron a decenas de delincuentes comunes, en su gran mayoría adolescentes.

Esto produjo una baja sensible en la actividad delictiva común. Sin embargo los crímenes de personalidades, comenzando por el de la abogada y política, ferviente opositora del presidente Aristide, Mireille Durocher Bertin, que lucen como asesinatos hacía blancos precisos a manera de ejecuciones y no tienen visos de ser aclarados a pesar de la intervención policial externa, hacen temer la existencia de unas fuerzas bien organizadas. Circulan en torno a estos crímenes todo tipo de hipótesis, tales como que son producto de grupos de extrema izquierda que hacen ajustes de cuentas, que son grupos de provocadores de extrema derecha, que son traficantes de drogas o que es la CIA.

Se ha dicho que el sistema judicial era todavía más corrupto que el ejército. En realidad, el aparato de justicia haitiana estaba completamente bloqueado en el momento en que Aristide regresó y el gobierno tuvo que darse dos tareas de urgencia: por una parte organizar la Escuela de Policía, para preparar en un tiempo récord de tres meses a trescientos policías graduados; y por otra la Escuela de Magistratura, no sin descuidar la reestructuración del aparato judicial en general. Por último, la Comisión de la Verdad, que debería luchar contra la impunidad de los crímenes políticos cometidos durante el golpe de Estado todavía no se ha asentado bien ni ha logrado funcionar plenamente.

Perspectivas

La comunidad internacional cumple con la ayuda prometida, pero con lentitud, lo que es fuente de conflictos sociales. El gobierno no puede satisfacer las demandas sociales ni alcanza a poner en marcha los programas previstos. Pero dos preguntas esenciales quedan aún por responder: 1) ¿Qué pasará si los republicanos ganan en 1996 las elecciones presidenciales en Estados Unidos y ponen en práctica sus

amenazas de cortar la ayuda económica a Haití?; 2) ¿Qué pasará cuando se vayan las fuerzas internacionales del país, teóricamente en marzo del mismo año?

Por ahora, las principales fuerzas de oposición a Aristide que más parecen preocuparlo son los grupos de izquierda radical que ponen en cuestionamiento su liderazgo sobre los sectores populares. La derecha por el momento se encuentra neutralizada. ¿No volverá a reaparecer apenas se vayan las fuerzas multinacionales, aglutinando a ciertos sectores del centro? En cuanto a éstos y los grupos socialdemócratas de centro-izquierda, afirman temer que la mezcla explosiva entre los esquemas estalinianos y un cierto dogmatismo y maquiavelismo religioso anticipen nuevamente un futuro antidemocrático en Haití. Sin embargo, declaran optar por una oposición legal.

A pesar de los conflictos, las instituciones están logrando muy lentamente comenzar el proceso hacia la consolidación, poniendo la maquinaria en marcha. Si 1995 ha sido en gran parte un año esencialmente electoral, el próximo va a ser de transición, pues se tendrá nuevo presidente y nuevo gobierno. Lo que es evidente es que la transición ha durado ya más de la cuenta y que el país y el pueblo piden a gritos que se comience a construir y se perciba palpablemente el fin del estado de miseria en que ha vivido desde siempre.

¿Quién dirigirá el futuro político del país en 1996? El mismo presidente Aristide parece descartar que pueda seguir en su cargo, con la idea de respetar la Constitución. Pero nada le impide ser primer ministro. En tal caso quizá veríamos por primera vez en la historia de Haití una fórmula según la cual el jefe de gobierno no sería, como siempre lo ha sido, el Presidente.

Puerto Príncipe, septiembre de 1995